

Exploraciones (Desde lo amorfo-indefinido hasta lo conformado dialógicamente Entre lo Posible y lo Imposible).

Jorge M. Gómez Bocanegra
Depto. de Filosofía UdeG

El ser amorfo desde el que se habla y construye un compendio de instantes filosofoéticos está aquí, desde luego, soportado más por un silencio de noches y de días que de horas escuchadas en los libros.

Primer instante

De manera simple, un mapa es la representación de un espacio trazado significativamente. De una manera menos simple, un mapa posee los signos y los símbolos con los que se quiere establecer las representaciones de un espacio en el

que se comprende algo: un cierto lugar del que se quiere dar a conocer. Este lugar puede ser un camino o varios caminos trazados para llegar a un cierto territorio (espacio que comprende múltiples significaciones), o puede ser una totalidad en la que se representa un espacio de vida, o mejor decir, un mundo soportado por ingentes territorios.

Trazo y representación de territorio son, entonces, factores con los que funciona el mapa para dar sentido. Pero para dar sentido, o para obtener sentido, es preciso que exista alguien que descubra los espacios de las significaciones que se muestran en el mapa abstracto en que otro vive y ha vivido los espacios del territorio trazado. Este alguien puede tener un nombre, y en el nombre reconocer una autoridad que garantiza, hasta cierto punto, las interpretaciones posibles que con el sentido se han descubierto. Pero también puede tratarse de un ser sin autorización (alguien así como un innombrable, quizás), de un ser cuyo nombre no es aún reconocible en los ámbitos donde ha sido propuesto el mapa. En tal caso, puede ocurrir que quien lee el mapa, quien da sentido al mapa, es nada más que la referencia apoyada en pronombres, en extensiones ostensibles de un ser

que se asume sin compromisos para con nadie que no sea él mismo. Es en este ser donde colocamos la presencia de los signos descubiertos en un mapa hecho para destinar encuentros. Tal presencia está dispuesta en la extensión ostensible de un nombre (in)apropiado, extraído del acervo de pronombres.

Por todo lo anterior, hemos decidido llamar Alguien o Uno al personaje que descubre los signos del mapa, para dejar en claro la falta de responsabilidad que no habría sido lograda si hubiéramos puesto en su lugar el Yo tácito e implicado en las conjugaciones verbales por las que se indicaría un sujeto (in) definido / innombrable, en verdad. En éste no sólo se hace creer en la responsabilidad de alguien de lo que ve y dice, de lo que hace con su discurso, sino que además se corre el riesgo de acabar sometiendo -por una visión reducida o simplificada- todo lo que en el mapa se guarda de una manera amplia y componencial, extensa hasta colmar de posibilidades todo ese derrotero casi imposible para ser alcanzado en su definitividad.

Segundo instante

Alguien hace un mapa, y a veces alguien recibe dicho mapa. Esto significa que Alguien hace una representación de sentido, y que el otro, a veces, recibe la representación del sentido.

Por ejemplo, para quien trabaja con libros, reconocerá perfectamente que el mapa que hizo Alguien tiene la forma de libro. Para quien no trabaja con libros pero le gusta leer libros, se preguntará qué cosa es esto. Al primero le es suficiente con reconocer la sustancial forma que le garantiza eso que ve y sabe lo que es. Está tan acostumbrado a trabajar con libros, que no se pregunta por el sentido de representación que está dispuesto en el mapa. Para él se trata de un libro, y ya, o mejor, se trata de un utensilio que sirve para trabajar. O sea que la utilidad del mapa está de antemano asegurada por el hecho mismo de que está implicada la representación de

sentido. En cambio, para el segundo, aunque sabe que se trata de un libro, el sentido de representación no está aún abstraído o inventado como tal.

Tenemos, entonces, dos posibles destinatarios de un cierto mapa. Uno de ellos sabe que se trata de un libro. En este caso, la representación de sentido se obtiene reduciéndola a una cuestión de utilidad. En el otro caso, por el contrario, la representación de sentido no está en la utilidad que la forma le promete; para este sujeto, no está en la forma del objeto material el libro que le interesa leer. Quiere estar seguro que leerá algo (la parte de un todo abastecido de significaciones) contenido en un objeto material llamado libro¹.

Como se ve, entonces, un mapa puede representar no un sentido sino más de uno. Cuando esto sucede, cuando el mapa representa varios sentidos, significa que se trata, por una parte, de todo aquello que el sentido provoca y que es descubierto por alguien que está más allá o más acá de la forma material definida con la palabra libro. Por la otra, se tratará de conocer y de reconocer todo aquello que está, efectivamente, adentro de la forma y que es, precisamente, todo aquello que puede ser leído, esto es, todo aquello que está ahí dispuesto para ser leído. De tal manera que tanto lo que está afuera como lo que está adentro del libro conlleva, sin duda, a pensar y descubrir el sentido en una u otra orientación.

Tercer instante

El mapa que trazó Alguien, sin embargo, tiene todas las señales de no ser una forma que se agota en la utilidad. Su intención fue la de aprovecharse de una forma conocida para guardar distintas representaciones de territorios que se le fueron pintando en las distintas zonas estéticas de su vida intelectual.

Alguien o Uno son nada más que índices del momento en que se hace realidad el encuentro con el sentido. También aparece un ser referido con la palabra Nadie, en este caso se trata de poner en escena dos polos de una comunicación posible, interna, entre un Alguien y su interlocutor, Nadie. Más aun, se trata de un juego de composición y descomposición instantánea. El propósito de hacer este juego es para acentuar las complejas relaciones de interpretación que suceden en el instante mismo en que se busca comunicar algo. En consecuencia, lo que a continuación será expuesto es un mapa dividido en zonas ocupadas por encuentros instantáneos entre Alguien, Uno o Nadie, y una realidad que se insinúa entre signos. Son signos que quedan distribuidos en diversos encuentros, sin nada más que añadir ni qué interpretar. Es así que con tal mapa se está procurando dar cuenta de las presencias que han venido ocupando el cuerpo de las palabras experimentadas adentro de un cuerpo que está en la realidad de un ser sin medidas, esto es, de un ser completamente amorfo. Callado para la noche y el día.

UNO

Uno se pone en posición. Uno es indefinido. No obstante –o mejor, por eso mismo-, Uno necesita estar en el lugar de los hechos. Muchos pueden ser los hechos, y de todo tipo. La indefinición permite eso, y más.

Virginia Woolf consideraba que en la novela todo era posible, que todo, absolutamente todo, cabía en ella. Reconocía que en la novela podía estar el mundo. Por otra parte, y con algunos años de distancia, pensaba David Cooper que, en realidad, no había muchas cosas que decir. Becket fue más extremo que ambos: cuestionaba el hecho de si, el escritor, al escribir su texto literario, realmente, tuviera algo que decir.

La pregunta era otra en Uno. Para éste, la posición de quien escribe y de quien lee es la única cosa que verdaderamente importa. Sabe bien que es desde la posición que se produce eso que

llaman algunos la “ficción” (o bien la significación, si se está leyendo en la posición de ver un texto y no una novela, por ejemplo) y que no es otra cosa que un hacer desde una cierta posición, desde una cierta perspectiva. Para Uno de lo que se trata, en realidad, es no buscar medidas ni pesos ni tamaños de lo que se dice o no se dice al escribir -realidad de los hechos producida por la posición. Incluso, desconfía de los llamados géneros de la literatura, sobre todo de la llamada literatura “contemporánea”. De aquí que Uno está siempre en posición, o bien, busca siempre la posición que lo ayudará a ver lo mucho o poco que se muestra todos los días en el texto que hace posible ser leído en su existencia. “Nada está más allá de lo que pienso. Todo está aquí, en este lugar desde donde me ubico para pensar”. Así, el lugar de los hechos del pensamiento es una especie de diagrama en el que las intensidades conceptuales se apagan en un lugar y se encienden en otra parte, con el único fin de no perder de vista, en el *displaying* de las relaciones estético-literarias, todo el caos que deviene y estalla en la superficie entera –pero vacía- del plano de inmanencia mental.

Realidad y experiencia.

Allí estaba la moqueta, bajo los pies, en el umbral de la tienda de libros. Allí estaban las repeticiones aguardando entre paredes. Un aroma, lo mismo que un título; una portada, lo mismo que un color, entraban en la clase de repeticiones que se sucedían junto a las diferentes formas. La huella, sobre todo, se daba a saber antes que el pie, antes que el cuerpo. Esto podía ser dicho, también, como la presencia en la ausencia y la ausencia en la presencia. El signo.

El símbolo se encontraba mucho más cerca de la presencia que de la ausencia. En él se presentaba de manera sensible lo que en el signo era, sobre todo, inteligible. En el signo se hacía realidad la presencia en la ausencia (se hacía presente la representación de una cierta cosa ausente). En cambio en el símbolo ocurría de manera distinta: todo en él estaba presente: el valor de la forma, la cosa conformada y su relación con la cultura que lo había instituido. Todo en él era la manifestación de una cosa controlada, instituida. Sin embargo, lo que había de ausente en el

símbolo sólo podía ser atraído por los signos que lo explicaban (forma, valor, cosa conformada y cultura instituyente). O sea que en la repetición era posible encontrar la fuerza de los símbolos, en tanto que en la diferencia había que localizar los destinos del sentido; o sea, las distintas caras del signo concebido. La manifestación era al símbolo lo que la significación al signo.

Pero lo que importaba a Uno era todo aquello que se hallaba en otra parte: lo desconocido.

Como habría dicho Felisberto, Uno estaba pendiente del misterio blanco en que habitaban tantas cosas de este mundo.

Uno se dirigió a la zona en que estaban los libros de filosofía. Buscó en la letra L... el nombre del autor que, de un tiempo acá, de ser una curiosidad, se le había convertido en una obsesión: otra manera de hacerse presente la idea excesiva de la repetición.

Estaban otros nombres, menos el de L...

Extrajo al azar un libro del mueble de madera llana, y leyó en cualquier parte:

El hábito es un dispositivo energético estable, a veces complejo, de plasticidad variable, que estructura un tipo de comportamiento en un tipo de situación contextual. La estabilidad del dispositivo permite la repetición del comportamiento tipo con un ahorro notable de energía.

Devolvió el libro con la mente revuelta de palabras. Leyó otros títulos, caminó varios pasos hasta alcanzar la letra P y, sin pensarlo, le quitó el papel celofán a otro volumen. Leyó parte de la contraportada; también, parte de la cuarta de forros, no le interesó leer lo que había adentro de ese cuerpo vestido de negro y amarillo.

Después caminó con la sensación de no estar donde sus pies iban. Era este su hábito: vivir la fractura. Sentir que le hacía falta algo. O también, experimentaba la atracción de una fuerza distinta a la de la gravedad. Era como si arriba de su cabeza, en un punto cuya línea imaginaria hacía siempre una diagonal, lo jalara, y él fuera tocando el piso apenas con las puntas de los pies. Así llegó hasta ese lugar desconocido.

Sin mucha alegría, se detuvo en la sección de Literatura Latinoamericana. Evitó tocar con sus dedos amarillentos y tembeques los lomos en que se anunciaban las novelas que ya había leído. Abrió el libro de un autor desconocido. Leyó unas cuantas líneas y lo regresó al hueco, ahora reducido por la expansión milimétrica que se había hecho mientras buscaba en la página-pórtico el íncipit seductor o repelente.

Permaneció en el mismo lugar; tal vez, un poco más cansado que antes, pero en el mismo lugar.

Era el mismo cielo de un día cualquiera. Por una razón inexplicable, tuvo necesidad de buscar y de encontrar el misterio que había detrás de la portada de otros libros.

Igual que había buscado en la letra L el nombre del autor que le interesaba en ese momento..., no encontró nada.

Se dirigió a los anaqueles en que estaban los volúmenes de poesía. Aquí no tuvo que buscar. Todo allí podía ocurrir. De inmediato se dio cuenta que no era una sección de poesía

clásica. Así es que, adonde extendiera el brazo, era casi seguro que atraparía al Otro, su semejante.

Abrió en las últimas hojas y leyó la parte I, del poema cuyo título era: "Irreal".

*Como un poema encarcelado en el juego
asistía a la derrota delante del sentimiento,
se veía surcado por todo lo que era ella,
su intuición física
o la aparición de sus objetos.*

El libro no tenía cuarta de forros, pero sí una portada con dos pechos de mujer como ojos, que miraban con la misma calma con que miran las vacas. El nombre del poeta era David Castillo. Dejó el libro y hojeó otras plaquetas de poesía actual.

Realidad y experiencia.

Uno se levanta temprano en la mañana, y pese a que no olvida sus obligaciones, vive el placer de saberse dueño de sus fantasmas.

Se pregunta. Siempre se pregunta. Dice cosas como: ¿Huir o afrontar? En cierto modo, morir y renacer. Morir ¿dónde? Renacer ¿cuándo? En cierto modo, afrontar todas las cosas que en realidad suceden.

Mientras se recalentaba el café, pensó en *El innombrable*, que dice "¿Quién sabe? Caeré, quizá, dentro de poco".

Uno tiene el presentimiento de que pronto caerá. Recuerda otras palabras de *El innombrable*: “Me lo voy a prohibir todo, aunque después no tenga en cuenta esta prohibición”.

Piensa en sus obligaciones. Despacio bebe el café y fuma con la mirada extraviada. Sentado, con las piernas cruzadas, goza de las imágenes que le vienen de los sueños. Al mismo tiempo que esto le sucede, está la voz diciendo: *Pensar indirectamente. Los resultados sin parte alguna definida. Pensar mediante rumbos oblicuos cuya composición espacial termina en muchas posibilidades, que son tantas direcciones cuantas iniciativas sostenidas en el pensamiento. Por sobre todas las cosas, la inutilidad inmediata.*

Uno se levanta y camina hasta el cuarto de baño. Gira la manija de trébol galvanizada. Escapa un chorro de agua fría.

Aparece en el espejo su cara. A veces le aterra mirar sus ojos. A veces le produce tristeza ver cómo todo va acabando. Moja la cara. Después comienza a llenar de espuma el vacío en que han caído sus mejillas. Toma el rastrillo y, con un ojo entrecerrado, se pone a rastrillar la piel.

Oye la voz que dice:

Filósofo de la ciencia / Científico de la filosofía.

El avance y el desarrollo dispuestos en aleación:

Ciencia & arte

filosofía & literatura

poesía & materia viva...

En la superficie de la mirada la superficie de las cosas. Todo adentro del afuera / todo el afuera del adentro...

Palpa con la punta de sus dedos la piel. Siente los islotes de espinas que quedan en la barbilla. Pasea de nueva cuenta los fillos del rastrillo en la rasposa superficie.

El sabor amargo en la lengua. El tripaje subterráneo de ciudad está lleno de ruidos. Su barriga. Capital de una angustia de años.

Adentro de la ducha oye otra vez la voz que dice: *En la composición espacial de incontables posibilidades está la comprensión, y también, la belleza.*

Después de hacerse presentable, Uno se coloca en posición.

Experiencia en el aula.

Uno está dentro de otra realidad.

¿Qué es la locura?

¿Qué pensamos de la locura?

¿Cómo ha sido nuestra relación con lo que pensamos de la locura?

Se descubrió en otra parte. ¿Dónde? No sabía.

Se miró sentado frente a caras desconocidas. Todos los ojos puestos en las palabras que estaban escritas en la pizarra. Leyó:

Creo que el universo es un enjambre de puntos y saltos, sin unidad, sin continuidad, sin coherencia ni orden.

Uno escuchó su propia voz que decía:

-De acuerdo con esta imagen que Russell nos ofrece, podemos establecer que el concepto buscará relaciones que hagan del caos un cierto orden. Sin el concepto no podríamos soportar tantas presencias que nos asaltan y que nos hacen ver la discontinuidad en la que nos pensamos todo el tiempo. Es por el concepto que nos situamos en la posibilidad como condición para hacer un orden multidimensional, debido a que el concepto se compone de varios elementos. Cuando menos, el concepto presenta una composición doble.

-¿Qué es el pensamiento indirecto?

Así comenzó Uno la disertación en la clase de Filosofía y Literatura. Después guardó silencio y observó con mirada superficial el rostro de cada uno de los oyentes. Ninguno se inquietó. Continuó diciendo.

-Más aún: ¿dónde comienza el pensamiento? ¿Cuándo deja de ser pensamiento y aparece otra cosa?

-En un relato –continuó diciendo Uno-, Felisberto hacía pensar a su personaje sobre el lugar en que estaba o que podía estar el pensamiento. Para quien le gusta que las cosas estén en su sitio, habría dicho que el pensamiento está en la cabeza. Sin embargo, para el personaje de Felisberto Hernández, el pensamiento estaba a la altura de las rodillas.

Uno se preguntaría:

-¿Cómo es que el pensamiento podría estar allí?

Después de leer varias veces el relato, acabó Uno sintiendo que el pensamiento está a la altura de los pies.

Es una realidad que el lenguaje hace crecer, tanto, que Uno percibe que la realidad, como la vida misma, no está afuera de los cuerpos, sino adentro, muy adentro. Es por eso que Uno se ve, de pronto, perfectamente acompañado por todo el volumen invisible que nunca deja de aparecer –en el misterio blanco en que se hallan todas las cosas.

-A no pocos de ustedes habrá de parecerles un galimatías todo esto -se defendió Uno-. Lo cierto es que, para hablar del pensamiento indirecto, no hay otra manera de hacerlo que con repeticiones y extravíos nocturnos. A propósito, conviene traer aquí aquello que Hegel escribió:

de esta noche de la certeza pura de sí mismo resurge el espíritu moral como la figura liberada de la naturaleza y de su ser allí inmediato.

-Si redundante les ha parecido que haya utilizado tantas veces la palabra adentro, lo he hecho con la certeza de que el pensamiento, cuanto más se adentra en los espacios ocupados por el pensar, más a flote sale todo lo que la realidad es. ¿Acaso el pensamiento no es efectivamente la realidad en que se manifiesta el pensar? ¿Acaso la realidad no es un afuera que el pensamiento toca desde lo más profundo del pensar? ¿Acaso el pensar no es causa suficiente para que la realidad sea la experiencia misma que en el pensamiento se hace presente?

-Así como el adentro puede ser un espacio señalado desde un sujeto que se coloca a sí mismo como estando afuera, la realidad del pensamiento llega a presentarse –no ya como lo propio de un sujeto, sino como lo propio de un pensar indefinido- con características espaciales en las que

el adentro y el afuera dejan de ser relativos y se convierten o son asimilados por un volumen en el que la realidad del pensamiento (pensar indefinido) ha cedido el paso al pensamiento de la realidad (pensar definido), delimitado por la realidad misma de las cosas que se dicen ante el delirante ambular de la mirada.

-¿Qué es el pensamiento indirecto?

-Los novelistas, al igual que los ensayistas, suelen echar mano del pensamiento indirecto. Unos y otros hacen de la realidad una hermosa paradoja. El afuera de la realidad que describen, no es más que el interior de un pensamiento que expone las cosas del adentro de un lenguaje. Su decir está expuesto con gran cantidad de líneas reflexivas que entrechocan y se combinan hasta componer una realidad que existe adentro; empero, aparece como si estuviera afuera.

-Si aceptamos que el pensamiento indirecto se produce por reflejos y oblicuidades, el concepto ayuda a que el pensamiento cobre consistencia en el plano de inmanencia, que es el espacio donde se provoca el no-lugar, el no-volumen...

-¿Cuál es la imagen que se puede obtener del pensamiento que piensa?

HABLANDO CON NADIE EN PRESENCIA DE ALGUIEN

Uno habla con Nadie. Con Nadie es como estar en paz. Uno habla y dice cosas que en otra parte no conviene decirlas. Nadie las escucharía. Mejor es dejar que todas ellas vayan donde todo es.

Uno tiene tentaciones. Uno ha pensado seriamente en romper con su vida diaria.

Nadie le dice. “La tentación es una fuerza que se produce en lo más hondo del ser. Es una fuerza que no debemos ignorar”.

Uno piensa. Escucha la voz de Alguien, que dice: “Es inútil. Lo mejor que podemos producir con la ciencia y la poesía es un maravilloso sinsentido. Huir de la utilidad es como hay que proceder, con ayuda del pensamiento indirecto. No hay que pensar más que en producir belleza”.

Nadie le dijo a Uno que contra la tentación sólo quien busca la trascendencia se enfrenta contra todo lo invisible en que se instaura el plano de inmanencia. La tentación es una realidad de muchas caras. Quien se opone a todas ellas querrá torturar la mirada. Y de tanto en tanto, los ojos terminan cansados. Cuando esto ocurre, reconocemos la mirada que asoma en esos ojos desligados de todo; es una mirada disparatada, extraviada, llena de muchas superficies. Mirada poliédrica, podría decirse. Quizás, mirada de mosca.

Uno piensa en lo que Nadie ha dicho. Oye el eco de las palabras. Dice: *La tentación que me embarga quiere hacer cosas que están más allá de la mirada. Quiero romper con la unidad que me persigue todo el tiempo. Está aquí, adentro de todo este cuerpo. La unidad golpea con todos los ojos que se concentran. Siento el poder que tienen los ojos del conocimiento. La tentación es, pues, ir contra toda concentración. Si llego a cumplirlo, estaré feliz de haber podido soportar todas las indefiniciones.*

El desconocimiento no tiene límites. Desde siempre me ha fascinado todo esto de la oscuridad en la luz, todo esto de la finitud en la infinitud. Es una tentación que cada día domina más mis vísceras.

Nadie habló de la dicha que sucede cuando se ha conocido el sufrimiento en la impaciencia. En la impaciencia está un poco de muerte. Cuando se ha estado en ella y se siente la paz, es como vivir el colmo de la dicha, que es... guardar silencio. En el silencio está todo lo que es importante escuchar.

Uno aceptó, diciendo. *Tendré que esperar a que el silencio se haga presente.*

Nadie desapareció.

EXPERIENCIA Y REALIDAD

Al pensar en la inutilidad, es como estar con los ojos puestos en el detalle. Un temblor de rama, una sombra en la tierra, el reflejo de una mano en el cromo de una manija, son detalles en los que la mirada se apoya para elevar y expandir el espíritu en los vacíos grandes que la vida presenta.

La inutilidad es un modo de relacionarse con las cosas, incluso, con las personas.

Es mucho más difícil relacionarse con las personas, es cierto. Con éstas el tiempo es oro.

El valor de hacer algo tiene su precio. Por esto las personas aprecian a quienes valoran el tiempo como si fuera oro. Para esta clase de personas, la inutilidad es una cosa de la que es conveniente huir. Nada que represente inutilidad –según parece- ha de estar cerca de ellas. Para ellas, el mundo presenta básicamente dos sentidos. Poseer todo lo que vale la pena poseer –en este caso, todo es igual a todo lo útil: a todo lo que es valioso, que es como decir: todo lo que representa

oro. En el otro sentido, el mundo es un espacio para desalojar todo aquello que representa pérdida. La inutilidad forma parte de éste último sentido.

Lo bueno es que el mundo es redondo y que nada en él tiene por qué permanecer estático, y mucho menos, dispuesto en dicotomías. En la redondez la cifra, cualquier cifra, acaba resbalando en la potencia pura de la vida.

Aquí, en la redondez del mundo, las cosas se mueven de muchas maneras, de tantas maneras cuantas energías se desprendan de los cuerpos que entre ellos se ofrecen. En este otro mundo la inutilidad es fuerza, es energía, es juego, es tentación, en fin, es la posibilidad misma en tanto principio de acción. Su valor reside en toda la fuerza que se emplea en grandes proporciones. Se trata de una fuerza en que suceden juegos de realidades en los que participan las personas que se saben encima de resbalosas curvas. Sin ellas el juego no alcanzaría todo el relato que se establece en la redondez de sus tramos. En tal sentido, los tramos son áreas compuestas con relaciones llenas de energía proveniente de todos los jugadores en y con imaginación poliédrica.

La pregunta es un utensilio con el que puede descomponerse la seguridad de algunas personas. Aunque hay diferentes clases de preguntas y diferentes maneras de utilizarlas, no obstante, el objetivo es poner a prueba la seguridad de alguien. Por más nimia que sea la intención que hay detrás de la pregunta, el resultado es y ha de consistir en 'descomponer la seguridad' del otro. Esto lo sabía perfectamente Sócrates.

¿Quién no ha padecido la angustia que sucede a ciertas preguntas?

Cuando Uno se pregunta sobre ciertas cosas, la respuesta no es lo que le importa, sino el movimiento que fue provocado –adentro de su mundo- con la pregunta.

Ya podemos estar seguros de que el juego inicia con la pregunta. Empero, hay que advertir que es un juego que no acaba nunca, porque en un mundo redondo en el que todo rueda y resbala: el acabar consistiría en asegurar un procedimiento lleno de utilidades, y no son éstas, precisamente, las cosas que le preocupan a Uno.

No hay que pensar en la pregunta como utilidad ni, tampoco, como ganancia. Por el contrario, es conveniente establecer en la pregunta el principio de inutilidad, porque será con tal principio como será posible desequilibrar a los sujetos que sólo piensan en seguridades y en ganancias constantes. En todo esto habrá pérdida -para ellos.

El juego de las preguntas desestabilizadoras tiene como regla principal ésta que dice: “La inutilidad es condición para producir belleza”. Sabiendo y aceptando que la belleza se pierde en un instante.

Como se podrá inferir, los desequilibrios que atraen las preguntas conducen necesariamente a ver las distintas caras de la excitación. Son estas caras las que se busca producir en el juego infinito de las preguntas. Es por esto que los binomios y la dialéctica son fuerzas insuficientes para soportar tantas caras en los grados de la excitación. Todo está en encontrarse con el juego como posibilidad.

Además, las formas de pensar bifrontes ya dieron lo que tenían que dar –para bien o para mal-; ahora de lo que se trata es de viajar a la velocidad de las distintas esferas, en las distintas

superficies curvilíneas: con parábolas que aspiran a frotar la cavidad del espacio hipermental. Composición diacrónica de tantas mentes que produjeron tantas ideas inútiles, soportando el movimiento disparatado de todas las imágenes que estarán funcionando en producciones diarias de ensueño o de pensamiento derramado en virtualidades impredecibles.

Aunque es muy pretencioso pensar en producir juegos de infinita belleza, mejor es conducirnos con esta pretensión desmedida que seguir manteniendo los valores de utilidad.

Conviene, por ejemplo, que la belleza sea creada –si de lenguaje musical se trata– con un acorde de séptima disminuida en su base, con percusiones en distintas figuras rítmicas que llevarían un Tempo hacia espacios de esfericidades que aparecerían y desaparecerían detrás de cada vibración incontenible, y con tantas cuerdas y metales cuanto el pensamiento cósmico así “lo decidiera”.

Al mismo tiempo que se da el juego de la propiedad, en otra parte hay unas manos que se olvidan de que existen las facturas y las deudas.

Gozar poniendo una caricia.

Es una caricia que se suma a otras caricias en el mundo.

Es un gozo pleno de cuerpo y de energía, de movimientos

Cimbrando cuerpos.

Las superficies se llenan de pulsión y balanceo,

expulsan un vaho, un olor, un humor que se expande hasta llenar la nariz interna,

el nervio que certifica una temperatura,

una emoción, una sensación que se confunde con la alegría.

Son manos que dicen

esto nos gusta,

esto es placer,

esto es eco de muchas ganas.

Caen, entonces, en el colmo de ser más de lo que son.

Deliran.

Llaman con suavidad lo que otros insisten en decir con palabras.

David Cooper diría que no hay nada que decir cuando se vive el orgasmo. Este acontecimiento es uno de esos hechos correspondientes a realidades inefables. Como la muerte, que, además de inefable, es incognoscible.

No así la caricia, que es otro modo de hacer algo con las manos. En la caricia, las manos huyen de hacer cosas útiles; en la caricia no hay ganancia, no hay pérdida. La caricia es movimiento, es energía que juega a producir más energía, es placer, es calor que mueve con otro ritmo los flujos de la boca. Nadie ve ni sabe cuándo la caricia es más que un simple y mecánico movimiento. Quienes padecen la caricia del juego que produce emoción, no están en la mirada del mundo. Aquí el mundo es la fuerza ciega que recorre los cuerpos y expulsa de ellos toda la energía que se requiere para vencer cualquier contención. Cuando la caricia derrumba todos los límites, el placer acaba desbordando todo lo que en el cuerpo había estado contenido.

El juego de las caricias conduce implícitamente hacia otro lenguaje: el de las preguntas. Cuando el otro cuerpo se resiste a continuar jugando en el lenguaje de las caricias, significa, o bien que se le han agotado las respuestas, o bien que no son esas las manos que su cuerpo requiere, que no son esas las caricias a las que el cuerpo desea co / responder. Sucede entonces una clase de interrogatorio.

La caricia –sucede- ha dejado de ser caricia y se ha convertido en arma.

No se buscan respuestas, tan sólo dolor.

Cuanto más dolientes sean los sonidos que expulsa la boca del cuerpo interrogado, más se afinarán los movimientos de las manos de quien interroga, y más querrá este otro cuerpo atraer - del dolor que exclama- el gozo y el placer de una lágrima, con la que mojará su lengua, cansada de cuestionar en los distintos límites del cuerpo que se guarda y que no acaba de ceder nunca. Y es entonces, quizá, que uno de los cuerpos muere. Cada uno con su pregunta y con su respuesta protegida hasta la tumba. El único lugar en el que el mundo estila su callada redondez, sin espectáculo que garantice la verdadera realidad en la que cualquier interpretación es imposible:

La tumba.

OTROS INDEFINIDOS

Es lugar común escuchar a alguien decir que Tal y Tal perdieron la razón. No ha habido nadie, sin embargo, que haya dicho que Tal y Tal perdieron la imaginación.

Uno se pregunta: *¿La imaginación es esencial para vivir?*

Según parece, se puede vivir sin razón. *¿Habrá alguien que pueda vivir sin imaginación?*

Wittgenstein², en sus *Investigaciones filosóficas* dice:

Imagínate que alguien dijera: cada una de las palabras que nos son familiares, que aparecen en un libro, por ejemplo, provoca ya en sí misma en nuestro espíritu una neblina, un 'aura' de empleos débilmente insinuados. –Como si en un cuadro cada una de las imágenes también estuviera rodeada de escenas delicadas, pintadas nebulosamente, como si fuera en otra dimensión, y nosotros

viéramos las imágenes aquí en otras conexiones.- ¡Tomemos en serio este supuesto! -Entonces se ve que no puede explicar la intención.

De cierto modo, uno de los mapas que hizo Alguien tiene, en efecto, contenida una máquina de signos que produce neblina. Es un mapa que exige una lectura de fuertes aspiraciones. En términos semióticos, diríamos que es un mapa que fue hecho pensando en un lector de grandes pulmones.

La neblina desaparece –pero no el ‘aura’- cuando un lector logra establecer el conjunto de conexiones dispuestas en los distintos espacios ocupados por constelaciones conceptuales. Sólo así la lectura, mediante aspiraciones pausadas y profundas, va paulatinamente desvelando los sentidos que están detrás de los signos neblinosos, que emergen de entre las constelaciones conceptuales que Alguien ha propuesto en su libro.

Así como al aspirar llenamos con aire las cavernas pulmonares, así también la lectura exigida en el mapa maquinal, al aspirar la neblina, llenamos de constelaciones conceptuales el pensamiento, concluyó Alguien, eso que llamó: “Pensamiento indirecto”

EN EL AULA OTRA VEZ

En la Bibliofarmacia³ fuimos transitando por distintos textos que dejaron ver la importancia que tiene el Otro, el Lector. Así, tuvimos que reconocer que cada uno de nosotros lleva dentro de sí una experiencia de lectura viva, a partir de la cual fue conveniente que, en silencio, cada uno reconociera su propia enfermedad. Sin tener que hablar en voz alta, el recuerdo hecho de lecturas adquirió los signos de un mal necesario. Quien no reconoció su propio mal, paseó por la Bibliofarmacia como un ciego frente a las bellezas que hay en el mundo.

Algo semejante nos comunica Wittgenstein en sus *Investigaciones filosóficas*: “Cuando leo con sentimiento un poema, una narración, ocurre sin duda algo en mí que no ocurre cuando sólo leo el texto por encima en busca de información”.

Tanto Wittgenstein como el profesor Uno buscaron atraer la importancia que tiene el sentimiento para establecer conexión en el interior de los mapas procurados con intenciones estéticas. De aquí que la pregunta que Alguien se hace tenga la siguiente idea: *¿Se puede vivir sin imaginación?*

La realidad del pensamiento es tan vasta como vasta es la realidad en que va instalándose el cuerpo en que se vive. Ahora lo que conviene dejar aparecer es el silencio, que es la más extensa de las realidades en que el desconocimiento se hace palpable. Para que esto ocurra, es preciso prescindir de cualquier mapa.

Realidad y experiencia.

Primero llega la sensación, después la idea. Ésta crece y se convierte en un mundo imposible, a veces. Así llega la realidad. Siempre. Siento su presencia toda. Veo en ella la construcción de los lenguajes. Sé que el mundo de la realidad se me echa encima. La idea está entre mis ojos -y el afuera cae por una pendiente, en el fondo de la cual está mi cuerpo. La sensación, entonces, surge de una línea imaginaria, una pendiente por la que resbalan todas las cosas que acaban adentro de mi boca.

Con la realidad se insinúa la vida. Ésta no es visible. Por el contrario, la vida es un interior que late y que me empuja para no desaparecer en la pendiente en que ruedan las cosas de la realidad.

Por más que busco, de antemano sé que es imposible encontrar el mundo que ha crecido en las ideas que brotan del vacío en que la vida me remite. Nada hay en ella para los ojos. Las

exploraciones están del lado de la realidad, es decir, del lado inclinado por el que las cosas se mueven.

Con la vida no podría hacer eso. La única exploración que admitiría está del lado de la muerte, y como sabemos, la muerte es incognoscible, y por lo tanto, incomprendible. Es inefable. ¿Es impensable? Hablamos de ella, de la muerte, porque estamos vivos. La vida es cognoscible en apariencia. Es en la apariencia donde la exploración abre camino hasta llegar a los límites formales del lenguaje. Por eso pienso que la vida no deja nada que pueda ser explorado dentro de sus huecos. La vida se entre-tiene en las construcciones con que la realidad se expone, y nos hace creer que hablamos de ella; lo cierto es que nada de esto sucede. Para ser, para estar allí, para ser experimentada, la vida no necesita de ningún lenguaje; la realidad sí que necesita del lenguaje.

La realidad es lenguaje. Es construcción social. La realidad del lenguaje es histórica. Sin lenguaje, jamás habríamos podido pensar en realidad. Lenguaje y realidad son las dos caras de la moneda con que gastamos la vida.

A semejanza de la realidad, el lenguaje nace, crece y se transforma. La vida no. La vida es desde siempre el vacío en que se ha constituido el ser de la realidad. El tiempo es a la realidad lo que la muerte a la vida. Sin tiempo, la realidad no habría llegado a ser todo eso en que el lenguaje nos ha hecho crecer. Así también, sin muerte, jamás nos habríamos dado cuenta de que estamos vivos. Hablar de la muerte –si esto no fuera más que una idea- sería lo mismo que hablar de la vida, sin olvidar que ni una ni otra son lo que dicen las palabras. Éstas sólo son válidas para hablar de la realidad. De hecho, los fundamentos de la realidad están sujetos al poder que tienen las palabras. La palabra realidad es la realidad de la palabra.

El mundo imposible en el que la idea subyace, ocurre casi siempre a modo de interrogantes. Son éstos los que soportan la imposibilidad de vivir independientemente de las palabras. Por ejemplo, ¿qué significa vivir en realidad? Con responder a esto no se vuelve posible lo imposible. Las respuestas sólo serían polvo flotante en los huecos de la vida. Saber esto no evita, sin embargo, que la exploración continúe. De hecho, es con las respuestas a los interrogantes que el mundo imposible sigue dilatándose hasta reventar en haces de posibilidades que nos atraviesan a través de ideas. Cuando esto ocurra (hasta ahora la exploración no ha llegado a provocar el estallido de ningún mundo imposible), será interesante atender lo que tras la explosión aparezca –si es que algo aparece. Otro interrogante podría ser expuesto en un sentido contrario, o bien, en otro sentido. ¿Qué significa la realidad en el vivir? Aunque ambas apuntan a la idea de totalidades, la relación entre una y otra puede ser experimentada de modo parcial y con absoluta interdependencia.

El cuerpo vive parcialmente ocupando una totalidad, y es esta totalidad la que puede ser experimentada cuando el cuerpo siente que el espacio ocupado es toda la realidad en la que vive el cuerpo. Por el contrario, en la segunda cuestión, el cuerpo no es el que está en la realidad. Es ésta un todo que se echa encima del cuerpo, y ocurre entonces que el cuerpo se dobla y cae hundiéndose en las profundidades de la vida. Vivir en la realidad sería o significaría vivir estando en el lenguaje. Esto es lo que ha venido constituyendo la idea de hombre. En cambio, la realidad en el vivir sería o significaría no estar ocupando los espacios construidos por el lenguaje. Esto es lo que ha venido ocurriendo en el mundo de lo desconocido. En el abstracto mundo de lo virtual atraído y producido en máquinas como *Caósmosis* (de Félix Guattari) o en gran parte de los órganos sin órganos asimilados por esa otra poderosa máquina de los deseos llamada *Anti-Edipo* (de Guattari y Gilles Deleuze).

Los animales no viven en realidad, antes bien, la realidad es la que los subsume en un mundo ajeno a las construcciones del lenguaje.

Es incierto el mundo de los hombres. Es un mundo con tantas medidas, que cada quien se ha de colocar donde mejor le asiente esa medida de mundo. El mundo, con tantas lenguas viviendo en él, lo hacen ver, por ellas mismas, distinto. Habría sido imposible pensar / concebir la subjetividad sin la fuerte presencia de lo que es distinto.

Entre la lengua y el mundo media la sensación de estar. Es a partir de esta sensación que la verdad del cuerpo se insinúa, y luego –si se piensa en el mundo del conocimiento de la verdad– viene a aparecer el lenguaje, ya no con insinuación, sino con graves consignas que hacen –en quien las soporta– el complicado cuerpo de un macrocuerpo social, algo así como un frankenstein hipermoderno, juego supremo de virtualidades cuya representación conlleva la idea líquida y vaporosa de lo inasible, de lo informe y caprichoso, en un sentido intelectual más que emocional. En tanto macrocuerpo social, se estaría en posición de vivir la idea de complejidad en su aspecto “cuerpo sin órganos / máquina de deseos” (Delleuze/Guatari). Y entonces surge un impersonal complejo que se derrumba en los abismos del deber –no precisamente moral sino crediticio.

Ser impersonal, entonces, en este mundo incierto, consiste en saber sobrellevar los desajustes que la sensación provoca, y los ajustes –en apariencia– que el lenguaje de la comunicación produce día con día.

Realidad y experiencia.

¿Quién soy en realidad? Me lo pregunté muchas veces. Ahora puedo decir que lo que buscaba era estar en un mundo imposible. No sabía que estaba confundiendo la realidad de la pregunta con la totalidad inmediata de la vida. El ser que buscaba encontrar lo estaba procurando en los huecos de la vida, en lugar de en los huecos que surgen con el lenguaje... Ahora sé que si quiero continuar buscando, lo he de hacer en las construcciones del lenguaje. Siendo una pregunta propia de la

realidad, debo investigar en las formas que más me interesan para establecer allí, muy cerca de la mano, las ideas que me ayudarán a construir el ser que imagino en la realidad en que me presento – o me represento.

El ser es devenir. El devenir es ser. Pero ahora no es aquella cuestión la que busco contestar. No me preocupa saber quién soy en realidad. Son otros mundos imposibles en los que quisiera explorar. De acuerdo con esto último, pensaría en el lugar en que mejor perspectiva presenta. Lugar de exploración, a veces, y otras, no-lugar en que el lenguaje influye en lo inexistente, tratando con esto de generar el orden de lo todavía no manipulado.

Un mundo imposible en el que quiero inquirir estaría insinuado en la siguiente interrogante:
¿Vivir en realidad se puede hacer sin arriesgar el cuerpo?

Me parece que los artistas y los científicos son personajes que arriesgan el cuerpo, toda vez que encuentran los huecos de la vida en que creen posible construir ciertas formas que ayudarán a vivir a muchos otros cuerpos en realidad. ¿Ocurrirá también en el mundo de los filósofos, en el mundo de los escritores? Tengo el presentimiento de que en todos estos no hay riesgo de perder el cuerpo, para estos el riesgo está, más que en el cuerpo, en el lenguaje, o mejor aún, en la razón que da el lenguaje; *¿perder el lenguaje?*

¿Qué significa perder el cuerpo en realidad? Vivir sin tiempo. Flotar en el espacio interior de los pensamientos. Buscar afanosamente los elementos del lenguaje en que se auxilian los sentidos para construir realidad.

Filósofos y escritores no tienen que flotar en el interior de sus cuerpos; sólo tienen que estar con todo el cuerpo husmeando en las formas que la ciencia y el arte han hecho realidad. El lenguaje de la ciencia. El lenguaje del arte.

Por otra parte, no hay filósofo ni escritor a quien no le preocupe el tiempo. Es el tiempo una realidad que los trae atrapados y que los arrastra sobre todas las superficies conformadas por la realidad de los lenguajes. A través de esta realidad llegan a palpar el vacío en que se exhibe la vida.

Lo que intento dejar en claro es que la realidad que construyen los artistas es primordial para continuar viviendo en realidad. Estoy convencido de que lo que hacen está siempre en proporción directa con todo lo que se oculta en el interior de la vida –la otra cara del vacío. Potencia pura de invisibilidades. Son ellos los que crean las condiciones para que los filósofos y los escritores puedan llevar a cabo su trabajo.

La ciencia y el arte no han dejado nunca de exigir el sacrificio de los cuerpos. Sigue siendo un imperativo que, para hacer ciencia como para hacer arte, sea necesario renunciar a vivir en el tiempo consuetudinario de los cuerpos. En una como en otro, el cuerpo es nada más que un simulacro que se exhibe en la realidad. Pero es en el fondo de los cuerpos –de los científicos y de los artistas- donde en realidad no hay posibilidad de hacer algo con simulación. Cuando simulan que hacen desde el fondo de sus cuerpos, la realidad se encarga de expulsar de todos los lenguajes esas formas nacidas desde la simulación. La simulación sólo sirve para vivir entre otros cuerpos sin riesgo alguno.

Si se explora qué significa vivir en realidad, será tanto como poderse sumar al cuerpo de los filósofos y de los escritores; si se explora qué significa la realidad en el vivir, se tendrá que hacer

mediante búsquedas fluctuantes en el interior del cuerpo imaginado (fantasma de la verdad y de la belleza seductoras), que es tanto como vivir sin tiempo; es decir, vivir como artista y/o científico. Esto podría llevar a hacerse –seguramente– el siguiente cuestionamiento: ¿qué es en realidad lo que interesa hacer verdaderamente?

Al explorar con el cuerpo se ha de estar consciente de la colocación en que suelen estar los escritores y los filósofos. Por el contrario, si es explorado el interior del cuerpo para buscar los elementos que auxiliarán a construir ciertas formas de verdad que emanan los huecos de la vida, entonces habrá que estar conscientes de la situación asumida en el conjunto de acciones como las que realizan los científicos. En cambio, en el arte hay tanto de exploración hacia afuera de los cuerpos como hacia adentro de los cuerpos, es decir, hay o puede haber tanto de proceder científico como de proceder filosófico.

Reconocer esto último, puede conducirnos a observar en que la exploración no estará tanto del lado de los productos como del lado de los procesos.

Para la ciencia, son más valiosos los resultados que el modo en que fueron conseguidos éstos. Luego, la ciencia está del lado de los productos –no necesariamente éstos han de ser productos inmediatamente útiles. Desde el momento en que se convierten en productos útiles es porque ya ha aparecido el uso de la tecnología.

En el arte no es más valioso el resultado que el proceso, sobre todo porque el arte nunca ha apuntado a los fines. Cuando aparecen los fines en el arte, entonces es porque hay otras fuerzas (económicas, política, educativas) que hacen uso de los objetos para conseguir ciertos fines, y que

nada tienen que ver –estos fines- con el origen exploratorio que fue procesado en el cuerpo y alma del artista.

Para una visión filosófica que busca comprender lo que se hace con una u otra “forma de exploración”, conlleva a que el filósofo se coloque en el vértice desde podrá entrever el desprendimiento de las diversas líneas de exploración científica o de las diversas líneas de exploración estética.

El arte - como medio de conocimiento- ha sido fundamental en la vida de los hombres. Para el artista, no es el producto que en su obra se exhibe lo que en realidad preocupa. Está sobre todo interesado en lo que la obra produce en los hombres, o mejor, al artista le preocupa que su obra pueda provocar algo hacia el interior de los cuerpos. Cuando no ocurre esto, significa que su obra no es más que un producto entre muchos otros productos, pero sin tener la utilidad que ofrecen los productos de la ciencia.

Realidad y experiencia.

Las sociedades cambian y son diferentes unas de otras; la vida no. La vida ha sido desde siempre la misma. La vida es el vacío inagotable que ha permitido construir a las sociedades la realidad en la que viven. La vida no es tan natural como se dice, ni tampoco tan cultural como se afirma. Naturaleza y cultura son realidades construidas con el lenguaje que las sociedades han instituido. Si la vida fuera todo lo cultural que se ha dicho, nunca habríamos descubierto dónde estamos naturalmente. Sin embargo, sabemos que nos encontramos en un lugar y en un espacio ofrecido por la vida. El lenguaje con que las sociedades han construido la realidad de la naturaleza y la realidad cultural es un accidente que la vida ha permitido; no así la vida, que no ha tenido que pedir permiso de nada. Por esto, de antemano sabemos que jamás podría hablarse de la vida, es ella la

que permite explorar en los mundos imposibles, de los que ella, la vida, acepta que existan todos los mundos posibles.

Es mucho más inquietante explorar en lo que no ha sido hecho -en lo no formado con los vacíos que la vida exhibe-, que en lo ya hecho y conocido. Mundos imposibles son el grado ínfimo de una realidad que empieza a emerger de los poros de la vida. Mundos posibles, en cambio, son el grado máximo en que la realidad se promueve con el uso de todos los lenguajes. Es mucho más probable que las sociedades se desarrollen sobre mundos posibles, a que los individuos se vean y acepten la imposibilidad como un mundo interesante para ser explorado. Por eso las sociedades necesitan de los artistas y de los científicos, para construir mundos posibles, aunque también es cierto que a las sociedades poco les importa que esos mundos posibles han surgido desde la búsqueda y exploración que los artistas y científicos han tenido que realizar en los huecos que la vida entrega en tanto mundos imposibles; poros diminutos, invisibles casi, de la vida.

¹ “El gran público ilustrado –dice Schopenhauer en la “Erudición y los eruditos”- busca vivir bien y distraerse, y desecha por ende todo lo que no es novela, comedia o poesía. Para leer una vez con intención de instruirse, espera ante todo una carta firmada y sellada de los que tienen autoridad para decidir si la cosa es verdaderamente instructiva. Y cree que los que tienen mayor autoridad son las gentes del oficio.” en Arthur Schopenhauer, 1996, *La lectura, los libros y otros ensayos*, Biblioteca EDAF, Madrid.

² Wittgenstein, L., 2003, *Investigaciones filosóficas*, UNAM, México.

³ Un capitulillo situado en *La lectura como experiencia* de Jorge Larrosa.